

# LA PANACEA DIVINA

La Iglesia de Dios de la Fé de Jesús

Tomo: III, No. 150

¿Por qué hay problemas en el mundo? ¿Por qué la humanidad no ha encontrado la paz? ¿Por qué los problemas de las naciones en vez de resolverse se agravan? ¿Por qué los hombres están divididos en religión, en política, etc.? ¿Por qué hay violencia, hambre, racismo y guerra? ¿Por qué hay problemas en los hogares? ¿Por qué vivimos tensos, preocupados y en constante ansiedad? ¿Por qué no encontramos la solución? ¿Cuál es la solución?

La revelación divina contiene dentro de sus sagradas páginas, la más sublime y axiomática definición del inefable. Ahí en el libro de los libros, está dicho que "Dios es amor" (1 Juan 4:8, 16).

Y si Dios es amor, entonces Jesucristo es el amor de Dios manifestado en carne y hecho semejante a los hombres. Y él Jesucristo, el divino Hijo de Dios, nos dio la mayor prueba de amor, tomando nuestro lugar para morir por nosotros. El mismo dijo así: "**Nadie tiene mayor amor que este, que ponga alguno su vida por sus amigos**" (Juan 5:13).

Con eso quiso que supiéramos hasta qué grado nos amó. Hablar del amor divino es asombrarse en él. Es interrogarse sin respuesta, es maravillarse en el abismo insondable de lo inalcanzable, es quedar abrumado al agotar la búsqueda del motivo causal de tan inconmensurable amor. Es mirar en el espejo de nuestra humana realidad y preguntarnos: ¿Por qué yo? ¿Qué dignidad tengo? ¿Por qué el mundo pecador? ¿Por qué ama a la humanidad caída? ¿Por qué al hombre viciado en el pecado? La única respuesta es: porque "**Dios es amor**".

Está escrito: "**Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.**" (Juan 3:16).

Tal es nuestro Dios, tal es nuestro salvador. Y es por ese mismo hecho, que la más excelsa de sus doctrinas es el amor.

Después que él liberó al hombre del oneroso yugo de la ley junto con su enorme carga de decretos, estatutos, ceremonias y obligaciones impuestas en la lección del viejo pacto. Uno de sus más fehacientes voceros dijo así: "**Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estas tres; pero la mayor de ellas es el amor**". (1 Corintios 13:13).

¡Qué concluyente, tremenda y jubilosa! es esta declaración. De todo aquel pesado fardo de decretos, solamente quedaron tres cosas, y la mejor y más grande de ellas es **el amor**.

Por eso los cristianos debemos tener el amor como doctrina, como religión, como distintivo, como solución, pero sobre todo como práctica y oferta.

Se puede predicar y hablar mucho sobre el amor, pero el amor no es un concepto intelectual, el amor es un sentimiento. El amor no es un ejercicio de la razón, sino un afecto que nace, se hospeda y sale de lo más íntimo del ser y que es aquello que identificamos como corazón metamórficamente.

Amante es el que ama, amable es el que es digno de ser amado. El cristiano debe ser ambas cosas.

Los que han amado con el amor que Dios derramó en sus corazones (Romanos 5:5), han dicho todo lo que el amor les hizo realizar y experimentar.

“El amor es sufrido”. “El amor todo lo sufre”. Pero, ¿Quién está dispuesto a sufrir a los demás, o por los demás? En vez de sufrir al prójimo lo enfrentamos. Le hacemos saber bien claro que no se puede enseñorear de nosotros. Que le podemos decir y hacer más y peor de lo que él nos haga. Que no le permitiremos que se meta con nosotros. Que responderemos en la misma forma en que se nos trate. Pero de aquel que fue el más vejado, el más humillado, el más maltratado, está escrito: **“Quien cuando le maldecían no retornaba maldición, cuando padecía no amenazaba, sino remitíase al que juzga rectamente”** (1 Pedro 2:23).

Por eso hay problemas en el mundo, pensamos que, si no respondemos a las agresiones igual o peor, se nos tomará por tontos o cobardes. Así nuestra vanidad y egoísmo, nos impiden responder con amor.

Cuando decimos: “Yo no me dejo de nadie”. “Conmigo no se metan”. “El que me la hace la paga”. “A mí no me conocen”. “A mí no me hacen esto”. “Yo no tengo pelos en la lengua”, etc. en realidad estamos diciendo: Yo no amo, no conozco el amor.

“El amor es benigno”, pero no se puede comprar en la tienda de la esquina. El amor es un don que se recibe y se obsequia. No debemos decir: “Ámame”. Lo bueno, lo dulce, lo deleitoso, es saber y poder decir: “Te amo”. Cuando se ama de verdad, hay un deseo, un anhelo, una fuerza y necesidad de que el ser amado lo sepa. Y qué grato, que estimulante, que benéfico y extasiante es oír que nos dicen: “Te amo”, “Te quiero”.

En ese momento, nos damos cuenta que vale la pena vivir, que todo es hermoso, que Dios es bueno. Y nos nace el deseo de corresponder, de

gratificar, de amar también a quien nos ha dicho o demostrado que nos ama. Por eso es verdad que el amor es bueno, benéfico, benigno.

“El amor no es envidioso”, ¿cómo es posible amar sin envidia en un mundo de competitividad, donde los valores que se aprecian son la capacidad, el físico, la presentación, la preparación, la escolaridad, las influencias, las relaciones, la posición económica o política, etc.? Un mundo donde sólo se habla de dinero, de posesiones, de negocios, de utilidades, donde nadie quiere ser menos, ni pasar desapercibido, donde se exagera lo que se gana, donde se tiene lo que se puede y quien no puede hablar o moverse en este medio, se convierte en simple espectador. Envidiamos a nuestro jefe, a nuestros amigos ricos, al que asciende delante de nosotros, el auto del vecino, la casa del pariente, la posición de otros y hasta los logros y la superación de los demás. Así, nos complicamos la vida y nos hacemos infelices nosotros mismos.

Pero si amamos, si nuestro corazón está lleno de amor, nos dará gusto que nuestros amigos y semejantes se superen y tengan y logren y puedan y estaremos prontos a felicitarles y en vez de envidiarles y aprenderemos de ellos y si queremos superarles pondremos en práctica el amor. Porque amar es la forma más excelente de realizarse, ya que el amor todo lo compensa.

“El amor no es jactancioso ni se envanece”. El pavo real se reduce a la hembra, desplegando todas sus plumas y haciendo alarde de sus colores y apariencia. El cristiano que ama es humilde. Sabe bien que Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes” (Santiago 4:6). La soberbia de los poderosos llamada “reciedumbre”. La jactancia de los pueblos llamada “nacionalismo” o patriotismo. El envanecimiento de los señores del mundo por causa del poder. Todo esto, es la causa de que no haya paz y de que los problemas de la gente se agraven. Hemos visto que la distensión sólo se logra cuando alguno de los grandes del mundo acepta las condiciones del otro. Cristo dominó al mundo con su amor, y se hizo “Rey de reyes y Señor de Señores”, pero nos dijo: **“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”** (Mateo 11:29).

**“El amor no busca lo suyo”**. Si se ama no se puede ser egoísta. Primero será a quien amo y después yo, y me siento complacido en demostrar así su amor. Ser considerado, cortés, comedido, actuar con decoro, con respeto y atención a los demás, es vivir bajo el beatífico influjo del amor.

**“El amor no se irrita”**. Cuando el ser amado nos ofende, la reacción no es de ira, sino de pena, de vergüenza, de dolor, de desencanto, pero no de ira.

**“No guarda rencor”**, es decir, que el amor no busca el desquite, ni la venganza, ni piensa como cobrarse la injuria. Sino que perdona y olvida y

procura la paz.

**“Todo lo sufre”**, o sea, que puede excusarlo todo, soslayarlo todo, prefiere ignorarlo todo para no resentir nada.

**“Todo lo cree”**. Es capaz de confiar sin suspicacias, ni malicia. Todas las relaciones humanas se basan en la confianza mutua. El día que se pierda la fe en los demás, el mundo sufrirá un colapso y todas las actividades humanas quedarán suspendidas.

El que ama no duda, confía y se entrega. Es mil veces preferible que nos fallen por confiar, que no hacer nada por desconfiar.

**“Todo lo espera”**. Sin amor no hay fe, ni esperanza y como consecuencia no hay premio. El que nada espera, nada obtiene. El Señor ha dicho: **“Llamad y se os abrirá, buscad y hallaréis, pedid y se os dará”** (Mateo. 7:7).

**“Todo los soporta”**. El que ama será sacrificado siempre por el que no ama. Cuando el amor no es correspondido, se funde con el dolor. Cristo fue “varón de dolores” porque amó sin ser amado. Y sepa todo aquel que ama, que también deberá sufrir. Sufre la madre el desvío de los hijos, sufren los hijos la disensión de los padres, sufre la esposa el desdén del esposo, sufre el esposo el celo de la esposa, sufren los demás nuestro mal carácter. Pero solamente el que ame lo soportará todo y al final será bienaventurado.

Salomón y Pedro nos han dicho que **“el amor cubre todos los pecados”** (Proverbios 10:12 y 1 Pedro 4:8). El que ama no es juez del que comete la falta, sino que se convierte en su abogado, y si la falta fue contra él, la perdona o la disculpa. Por eso nuestros pecados han sido cubiertos con el sacrificio de Cristo, porque **“Dios es amor”**. Y el amor de Dios se sublima y magnifica **“... porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”** (Romanos 5:8).

Pidámosle amor a Dios, porque el amor es un don que solamente él puede dar.

Vivamos en amor porque ya hemos visto que **“el amor todo lo puede”** y es la panacea para todos los males del mundo. El que ama posee la fórmula de la inmortalidad dentro de sí, porque está escrito que **“el amor nunca deja de ser”** (1 Corintios 13:8).